

COMPRE USTED
el lujoso
ALMANAQUE

de
La Novela
Semanal
Cinematográfica

con el que se regala
un estupendo

ALBUM

para coleccionar las
postales del año 1924

E. VERDAGUER MORERA.-TARRASA

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

N.º 129

25 cts.



LA
MARIPOSA
QUE SE
QUEMÓ LAS ALAS

por

Lya Mara

Filmoteca

de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Telefono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

Nº. 129

La mariposa que se quemó las alas


Comedia dramática, interpretada por
la excelente artista LYA MARA

EXCLUSIVA DE

F. TRIAN S. en C.

Consejo de Ciento, 261. — BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
DOROTHY PHILLIPS



La mariposa que se quemó las alas

Argumento de la película de dicho título

Elena Brent, joven y soltera, ejercía el cargo de enfermera de confianza en la clínica del doctor Mac Lister.

Falta de amores su vida, buscó en el amor al prójimo una compensación a su soledad.

Federico Kedley, un «bandido de guante blanco», hábil burlador de la policía, fué atacado cierta noche en la calle por sus cómplices, a raíz de una discrepancia surgida entre éstos y aquél en el reparto de un botín.

Vengativos y criminales, los malhechores dejaron a su jefe por muerto; pero en realidad sus heridas no eran más que relativamente graves.

Recogido por unos transeuntes, Federico fué trasladado a la clínica del doctor Mac Lister, pues él manifestó a aquéllos que no tenía familia y que deseaba ser asistido en casa de un buen doctor.

La razón por la cual fué conducido a la del doctor Lister, debíase a la proximidad del lugar del suceso.

Elena encargóse, con la abnegación acostumbrada en ella, de ayudar al científico en su tarea de retornar a la vida al herido, y Federico la observó atentamente durante varios días, y llegó a tomarle un extraordinario interés.

La belleza de Elena era notable; sus virtudes más aún.

Sin embargo, Federico sólo se detuvo a contemplar, cada vez con menor discreción, la hermosa material.

Las heridas de Federico sanaron a fuerza de desvelos por parte del eminente médico y de su enfermera, y en la convalecencia del primero nació un idilio...

Elena había advertido que las miradas y palabras de Federico la turbaban con sin igual deleite, y grandes ansias de amar y ser amada se apoderaron de todo su ser.

Cuando el peligroso sujeto tuvo la convicción absoluta de que Elena estaba pendiente de su declaración, le tomó sus manos entre las suyas, y le susurró apasionado:

—La quiero a usted con toda mi alma, Elena... Mi deseo más ferviente es sacarla de aquí y demostrarle que en la vida existe algo más amable que el dolor.

—¿De veras me ama usted, Federico?

—¿No lo ha adivinado desde el primer día que abrí los ojos a la salud gracias a sus desinteresados cuidados?

Elena bajó su vista al suelo para que Fede-

rico no la viera llorar de alegría, y la llegada, a la clínica, de Carlos Stiff, amigo íntimo de Federico y su aliado en todos los «negocios» que emprendía el temible estafador, le permitió marcharse del lado del convaleciente para, sola, dar libre salida a su satisfacción inmensa.

Carlos y Federico hablaron de varios asuntos, pero el más importante entonces era el que se relacionaba a la enfermera.

—¿Qué, rendida ya?—preguntó Carlos al amigo.

—Pan comido, chico, pan comido. Estoy seguro de llevármela conmigo cuando yo salga de aquí, dentro de unos días.

—Te felicito. Es una buena adquisición la que se nos prepara.

—Realmente, no he perdido el tiempo. El negocio saldrá ganando, y yo, particularmente, también... pues la muchacha me gusta.

—Eso ya lo descontaba yo... Elena tiene sus «cosas» muy bien puestas.



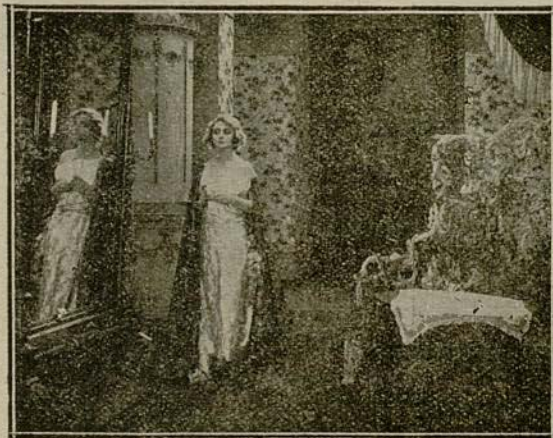
Pasaron dos años.

Elena Brent, como una mariposa ávida de luz, se sintió arrastrada por la vida brillante de Federico, y en la lámpara del amor y del placer quemó sus alas...

El caballero de industria que la hiciera su «amiga», había dado algunos «golpes» con

acierto, y a la sazón contaba con buena casa, inusitado lujo, y un mediano capital disponible para nuevas «combinaciones».

Hasta aquí, Elena se había mantenido apartada de los procedimientos ilegales y punibles con todo rigor de su falsa ilusión, pero Federico reclamó al fin la ayuda de ella para enri-



...y en la lámpara del amor y del placer quemó sus alas. .

quecerse rápidamente.

Como el «bandido de guante blanco» era conocido en la sociedad de los amantes de la diversión—en cuyo seno pasaba por ser un hombre honrado a toda prueba—, le fué fácil llevar a cabo un proyecto que se le ocurrió al tomar en alquiler una «villa» al margen de la ciudad.

La idea era sencillamente un medio infalible para robar con tranquilidad.

¿Cómo?

Invitaría a varios amigos a jugar en su casa, preparada al efecto, y cuando en el tapete verde hubiera una buena suma, realizaría su hazaña.

Elena tenía que «debutar» aquella noche en su trabajo de colaboración en los manejos de Federico.

Su «rôle» consistía en pasearse en torno de la mesa de juego y hablar con los invitados, a fin de estimular la vanidad de todos para que aumentasen sus jugadas.

Sin embargo, Elena se resistía a decidirse a hacer eso, y Federico la encontró en su habitación meditando.

—¿Cómo no te has vestido todavía?... Dentro de un cuarto de hora llegarán los invitados...

—Déjame quedarme aquí, Federico... No me siento con fuerzas para hacer lo que tú quieres de mí...

—¡Tú harás lo que yo te mande!... Espero que dentro de diez minutos estarás en el salón y no me obligarás a recurrir a la violencia.

—¡A la violencia! ¡Así debías haberme hablado antes, cuando cegaste mis ojos con tus mentiras!

—No seas necia, mujer. A mi lado no ha de faltarte nada, pero a condición de que seas sumisa. Anda, arréglate y seamos buenos amigos.

Elena, renunciando a sí misma, aunque con sobrehumano esfuerzo, complació a Federico vistiéndose majestuosamente y apareciendo en

el salón de juego cuando éste comenzaba muy animado.

Las miradas y palabras que Elena dirigía a los jugadores, en particular a los más acaudalados que le indicara Federico, tenían la «prevista» virtud de halagar a los interesados, y algún que otro, por no decir todos ellos,



...apareciendo en el salón de juego cuando éste comenzaba muy animado.

cambiarían su suerte en el azar por obtener la exclusividad de las sonrisas de la bellísima «dueña» de la casa.

De acuerdo con sus cómplices, Federico había inventado un truco ingenioso para apoderarse del dinero de los incautos que acudían a sus salones. El momento de «operar» había

llegado, pues en la mesa hallábase acumulada una bonita suma de dinero.

Carlos, avisado en secreto, llamó a la puerta de la casa, y entonces Federico dijo a sus invitados:

—¡Silencio! ¡La policía! ¡Pero no se alarmen! Apártense todos de la mesa y siéntense por el salón, como si estuvieran en reunión.

Elena sufría atrozmente ante la farsa que debía representar para no perder con un torpe gesto a Federico.

Entretanto, éste pulsaba un botón de pared oculto detrás de un cortinaje y desaparecía lentamente, hacia el sótano de la casa, la mesa y su respectivo suelo. El hueco que ese descenso dejara en descubierto cubriase en el acto por medio de unas corredéras automáticas de madera con los colores del mosaico, las cuales también, a su vez e instantáneamente, eran recubiertas con un tapiz. Así, en un santiamén, quedaba la sala de juego transformada en salón de fiestas.

La apócrifa policía entró en la casa causando el mismo efecto que si se tratara de la verdadera.

Componían aquélla Carlos y otros de los cómplices más fieles a Federico.

El que aparentaba ser el jefe, el propio Carlos, dijo al dueño de la casa, Federico:

—Hemos recibido confidencias de que todas las noches se juega en esta casa.

—Pues ya ven ustedes que no es así...

—Esta sala me parece sospechosa y conveniente será examinarla... Los señores invita-

dos pueden retirarse, después de dejar a mis agentes sus direcciones.

Los aludidos jugadores obedecieron con cierto temor, y ninguno osó protestar toda vez que estaban todos en falta.

A solas la policía, Elena y Federico, éste dijo a sus cómplices:

—¡Todo ha salido perfectamente!... ¡Habéis llegado cuando había más dinero en la mesa y con la máxima oportunidad!

Elena no compartía la satisfacción de los estafadores. Federico se acercó a ella y, felicitándola, le manifestó:

—Por esta noche ha terminado tu «trabajo»... Vete a dormir, Elena...

Hizolo ella a fin de alejarse de aquellos miserables que codiciaban el dinero que iban a repartirse.

Efectuada la distribución del botín, los pseudo policías ahuecaron el ala cantando victoria por dentro.

Federico se reunió con Elena en su habitación, y la halló en camisa, pero apenas le vió ella, cubrióse las desnudeces con una bata.

—Ha sido una idea excelente, ¿verdad?... Ahora ya tenemos dinero para pasar una temporada sin fatigas...—le dijo él con ademán de abrazarla.

Elena le apartó de sí bruscamente, contestándole:

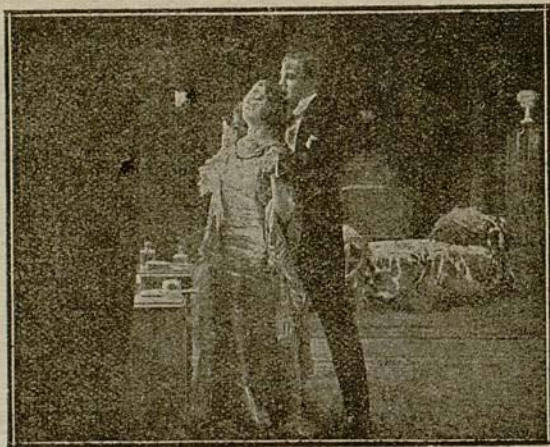
—¡En este momento todo ha terminado entre nosotros!... ¡No quiero, no puedo seguir más tiempo haciéndome cómplice de tus delitos!

—Tú deliras...

—Aparta...

—Rechaza tus estúpidos escrúpulos, y atiende a la razón. ¡A ver si vas a ponerte ahora ingénual

—¿Por qué me arrebataste de la clínica?... Yo era casi feliz en medio de mis enfermos, y tú me deslumbraste con tus embustes...



—Tú deliras...

—Aparta...

—Anda, anda, chiquilla, acuéstate, sueña con los días de lujo que nos esperan, y mañana, tu cabeza despejada de tonterías te hará comprender que tú y yo debémosnos a nuestros intereses comunes.

Aquella noche, la mariposa que en la luz se

quemó las alas, decidió volver a la obscuridad de su antigua vida.

—¡Oh, sí, antes que ser una vil ladrona, mil veces la mediocridad y la misma muerte!

..

Elena se había entrevistado con el doctor Lister en su clínica.

El científico la recibiera con la consideración que por sus antiguos servicios se merecía, y a su deseo de reintegrarse a su empleo contestárale así:

—Me alegro de su decisión, señorita Elena... Es usted una buena enfermera y siempre están abiertas para usted las puertas de esta casa.

En el cumplimiento del deber encontró Elena, al correr de los días, el sosiego que necesitaba su espíritu.

Uno de esos días, el doctor Lister celebró una conferencia telefónica con uno de sus más distinguidos clientes, el fiscal Crosby, el cual le rogó que enviase a su casa, con la mayor urgencia posible, una enfermera de confianza.

El galeno pensó en Elena, a quien dijo:

—Señorita, la hija del fiscal Crosby se encuentra enferma... Dispóngase para ir a cuidarla.

El magistrado de la Audiencia, hombre probo y recto, no comprendía el delito ni admitía que pudiera existir la virtud fuera de la ley.

Su hija Margarita, de corta edad, huérfana desde el nacer de las ternuras de su madre— que sucumbiera al darle la vida— constituía el más preciado tesoro del joven viudo.

La abuela Ana, madre del fiscal, había levantado en su corazón un altar a la difunta esposa de su hijo, y jamás se le ocurrió pensar que otra mujer pudiera sustituirla.

La aparición de Elena en el hogar de la enfermita, impresionó sinceramente a Alberto, y disgustó a la abuela.

—Yo soy la enfermera que los señores han solicitado al señor Lister. Suplico a ustedes depositen en mí su absoluta confianza, pues no le faltarán mi cariño ni mis mayores desvelos a la niñita doliente.

—Lo que más conviene es que no se duerma usted en toda la noche, ni poco ni mucho, pues la niña tiene mucha fiebre y es necesario darle la medicina recetada por el médico, cada hora—le contestó la abuela mirándola detenidamente.

—Pase, haga el favor—dijo el fiscal.—Verá a mi hija.

En lindo cuartito y en su camita, dormía la criatura.

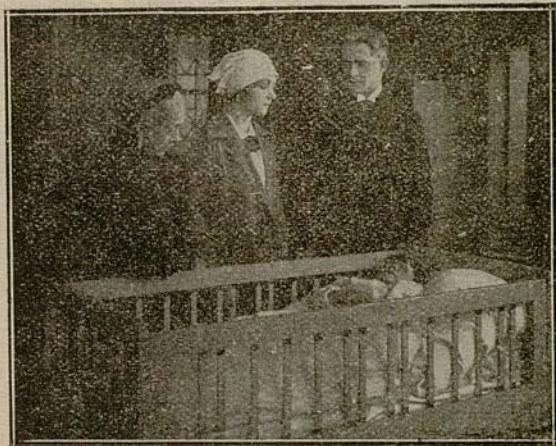
La abuela cesó un momento el exámen que hacía de Elena, para mirar a la nieta de su corazón, y la enfermera también cubrió a la niña de dulces miradas. El fiscal, tocado en el alma por la modestia y hermosura de Elena, desviaba su vista hacia su suave rostro...

Después de la breve contemplación de la criatura, la abuela dijo a su hijo, al tiempo de marcharse del cuartito:

—Encuentro que esa enfermera... es demasiado joven... Es capaz de dormirse todas las noches...

Tras esto, desapareció.

Entonces el fiscal dijo a Elena, que había oído la opinión emitida en contra suya por la anciana:



El fiscal desviaba su vista hacia su suave rostro...

—Disculpe usted a mi madre... Los años la han vuelto arisca y desconfía de todo el mundo más de la cuenta.

Algunos días después, la salud de Margarita ya no ofrecía la menor inquietud.

La abuela dijo a su hijo:

—La niña está completamente restablecida...

Ya no es, pues, necesario que continúe aquí la enfermera.

Elena comprendió que debía despedirse, pero la niña, que le cobró un gran afecto, protestó:

—¡Yo no quiero que te vayas! Si te vas me pondré enferma otra vez.

Alberto tampoco quería que Elena se marchase, y atento al dictado de su conciencia siempre recta, tomó una resolución.

—¿Quiere usted hacer el favor de venir a mi despacho, señorita?... Deseo hablarle de un asunto que me interesa profundamente.

¡Elena siguió al fiscal, y ya en donde él le indicara, oyó de sus labios, como previera, una declaración amorosa.

—Elena, no puedo dejarla marchar... porque la amo a usted... Necesito su amor para mi vida... ¿Quiere usted ser mi esposa?

—Señor fiscal... usted no me conoce bien... Yo no puedo permitir que usted se engañe conmigo...

—No, Elena... Usted ha visto, junto al lecho de mi hijita, cuánto la quiero a ella, y cuánto amor ha vertido en mí el irresistible mirar de los ojos de usted.

—Eso no es bastante...

—Papá, aquí traigo la maleta con la ropa de Elena... Escóndesela, y así no se podrá marchar—dijo la convaleciente irrumpiendo de improviso, en camisón de dormir, en el despacho, y abrazándose a la enfermera.

—¿Y este cariño que le demuestra mi hija, tampoco representa nada para usted?—prosiguió Alberto.

Elena, vencida, bajó sus ojos...

—¿Llego demasiado tarde para impedir una locura?—pregunto, apareciendo, la anciana, con aire amenazador.

—¡Mamá, yo tengo derecho a vivir mi vida tal como mi corazón me lo pida!... ¡Amo a Elena y me casaré con ella!

—Reconozco que esa mujer es muy astuta. Siempre temí este resultado por haberla recibido en esta casa. ¡Pero yo no quiero tratos con ella!

—¡Cómo me odia su madre!—lamentóse Elena cuando la anciana hubo salido del despacho.

—A mi lado nada tiene usted que temer, Elena... Mi amor es más fuerte que todo.

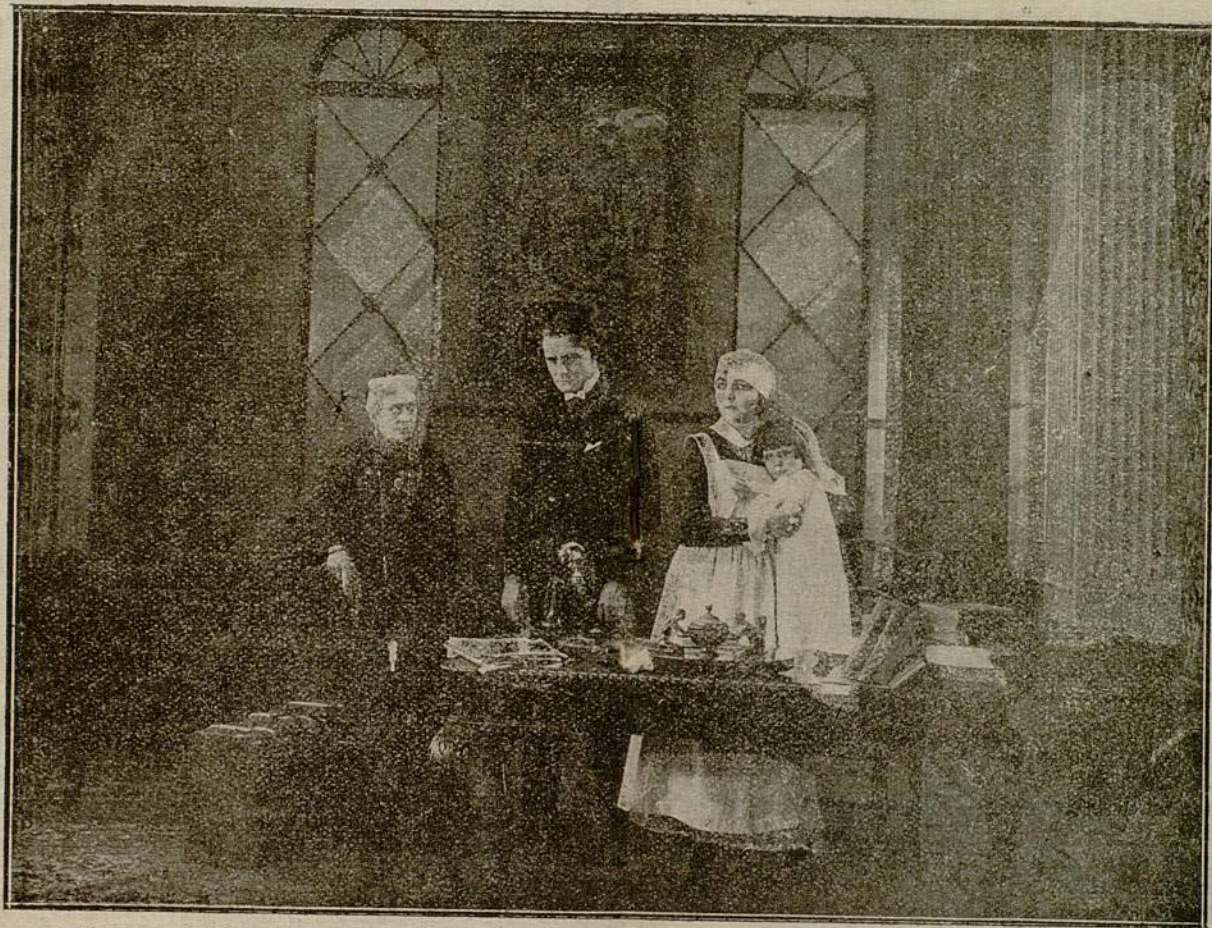
La boda se celebró sin ostentación, y en plazo muy breve.

Elena hizo una raya al pasado con la tiza de su nueva vida pletórica de ventura, y adoraba en su esposo y en Margarita.

Algún tiempo después, yendo la ex enfermera de paseo con su «hijita», el destino hizo que Federico y Carlos la vieran.

—¡Es ella!... ¡Hay que seguirla! ¡Elena! Viéndose descubierta, Elena echó a correr con todas sus fuerzas, con la niña, y llegó jadeante a su casa.

La abuela espío su regreso y vió a los dos estafadores detenerse ante la verja del retiro, mirando a todas las ventanas.



—Reconozco que esa mujer es muy astuta. Siempre temí este resultado...

—¿De dónde vienes?—le preguntó a su nueva condenándola con la mirada.

—De paseo...

—Sí, ¿verdad?... Otra vez, cuando salgas a tus aventuras, deja a Margarita en casa.

En la calle, Federico decía a Carlos:

—¡No, esa no se me escapa así como así!... ¡Ya arreglaré mis cuentas con ella! Tú me ayudarás.

—¿Hay dinero de por medio?

—Eso es lo único que me interesa...

—Entonces, dispón de este humilde servidor.

..

En un hotel de la ciudad, Federico esperaba el resultado del plan que había combinado.

Carlos entró en la habitación que ocupaba, y le comunicó:

—Ya he entregado tu carta.

—Perfectamente. Así, dentro de media hora estará Elena aquí.

—Bueno, oye, que he de decirte unas palabras... Varias han sido las veces que en los negocios te ha correspondido una parte exagerada de los beneficios, y a mí me has dado lo que quisiste. Pues te advierto que esta vez no te aprovecharás de mí.. Lo que sea, en partes iguales.

—¿Crees que me he vuelto loco?

—Lo dicho, Federico, y no quito ni una coma... Me quedaré aquí para ver lo que te da... De ese modo no podrás engañarme.

Elena, en su casa, presa de horrible angustia, releía la carta que de parte de Federico le entregara Carlos, y cuyo texto era el que sigue:

Elena:

He sabido que estás casada nada menos que con el fiscal Crosby, y como sé que eres generosa, te espero en el Hotel Royal, para que repongas un poco mi cartera. Creo que no tengo necesidad de amenazarte, pues eres una muchacha lista, pero así y todo, te hago saber que no me importaría ir a la cárcel con tal de hablar hasta por los codos...

Amedrentada, Elena se decidió a complacer a Federico, y a poco llegó al Hotel.

Al percibir pasos en el corredor del piso, Carlos se ocultó detrás de un cortinaje, y desde su escondrijo pudo ver y oír lo que hicieron y dijeron Federico y Elena.

—¿Con qué derecho me has obligado a venir aquí, miserable?

—No por el placer de verte precisamente... sino para que me ayudes a ser tan feliz como tú...

—Por esta vez, enténdelo bien, cedí a tus exigencias infames, pero no olvides, Federico, que antes que sucumbir de nuevo a tus amenazas, te delataría... sí, te entregaría a la justicia y me mataría luego yo.

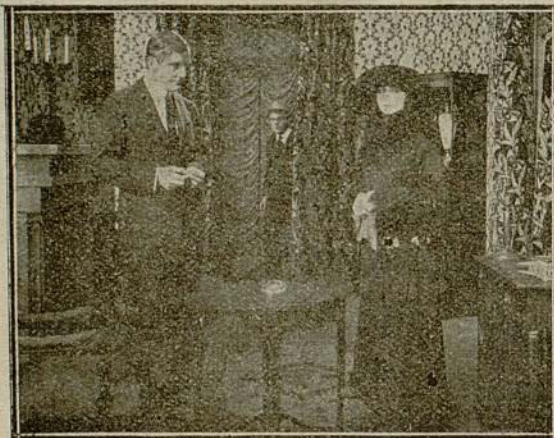
—Siempre fuiste una necia. En fin, ¿traes el dinero?

—Toma todo lo que tengo, y esta joya. Con ello compro la vergüenza del pasado.

—¡Adiós!

—Mi odio será eterno por todo el mal que me has hecho, canalla.

Apenas desaparecida Elena, Carlos se apresuró a pedir su parte a Federico, pero éste



—Siempre fuiste una necia. En fin, ¿traes el dinero?

quiso hacerle trampa, como de costumbre.

—Recuerda lo que te he dicho, y no me obligues a violentarme.

—Quita, mocoso. Aquíno hay más jefe que yo.

—¡Que te crees tú eso! Venga mi parte.

—Toma, estúpido, y a ver si te callas.

Sonó una bofetada... Carlos, cegado por la

ira, se abalanzó a Federico, éste cayó al suelo, y rompióse la cabeza en el borde de un mueble.

Elena oyó la acalorada disputa, y cometió la imprudencia de entrar en la habitación de donde saliera poco antes, y de la cual huyó en aquel momento por la ventana, Carlos.

Al darse cuenta de la muerte de Federico, Elena comprendió el peligro que corría si era sorprendida en su habitación, y se aprestó a huir sin ser vista.

Pero una doncella dió la voz de alarma a todos los ecos, pues acababa de ver por sus propios ojos al asesinado, y como las salidas del hotel fueron vigiladas en seguida por la policía, Elena no pudo salir, cuando lo intentó, y su azoramiento inspiró serias sospechas, siendo detenida en el acto, pues tuvo que confesar que había visto poco antes, vivo, a Federico.

—¿Quién es usted, señora?—le preguntó el juez.

—Soy la esposa del fiscal Alberto Crosby.

—Mucho me pesa, señora, pero nos vemos obligados a detener a usted para oír sus declaraciones.

—Dígale usted a la señora que se dé prisa, porque van a llegar los invitados a nuestra reunión de hoy—avisó el fiscal a la doncella de su esposa.

—La señora no ha regresado todavía.

—¿No sabe usted a dónde ha ido?

—No, señor...

La abuela, menos severa que de ordinario, dijo luego a su hijo:

—Yo están aquí los invitados, y Elena todavía no ha vuelto.

—No puede tardar, madre. Sin embargo, me extraña su olvido de que hoy recibimos.

La abuela meditaba... Había visto salir a Elena con mucha cautela ocultando su rostro bajo una espesa «voilette», y si bien al principio ello parecía que eran los preparativos de una aventura punible, paulatinamente una idea se alzó en la mente de la anciana, y la compasión se abrió paso en ella.

—Elena es buena... me respeta como mi propio hijo... adora a Margarita... y se desvive por complacer a Alberto. ¿Qué le ocurrirá a esa muchacha para estar fuera de casa a estas horas?—pensaba.

Y las dudas de antes se desvanecían al soplo de la piedad...

Entretanto, el juez de guardia decía a Elena:

—Señora, le aconsejo, en bien de usted misma, que hable y me diga la verdad... ¿Cómo ha podido usted tomar parte en ese crimen? Si no es usted culpable, su declaración podrá proporcionarnos nuevas luces... Hable usted... Hágalo al menos por su marido...

Pero Elena no rompía su silencio...

—Un policía desea hablar con usted, señor—anunció un criado a Alberto.

—¿Qué desea?—inquirió éste al agente secreto.

—En el Hotel Royal se ha cometido un crimen...

—Bien, eso no es de mi incumbencia... Avise usted al juez de guardia...

—Se ha detenido a una señora que intentaba huir, poco después de realizado el crimen...

—Ya le digo que nada tengo que ver en este asunto.

—Es que... esa señora... es su esposa, señor fiscal...

—¿Mi?... ¡Silencio! Voy con usted.

La abuela vió salir precipitadamente a su hijo, y sus temores de que algo grave debía ocurrir adquirieron gigantesca forma.

..

—¡Alberto, te juro que soy inocente!—exclamó Elena al aparecer su esposo en el juzgado de guardia.

Severo, incorruptible, como digno representante de la ley, Alberto le respondió:

—¿Y a qué fuiste al Hotel Royal?

Elena no pudo hablar...

—Continúe usted interrogándola, señor juez, haga el favor... Así usted y yo sabremos la verdad...

—Señora, el momento de hacer sus revelaciones ha llegado. Si no es usted culpable como así lo asegura, razón de más para ayudar a la justicia a salvar a usted de sus enemigos y a castigar a éstos.

—Sí, es verdad... Hablaré. Mi conciencia no es falsa.

—Así, señora, llegaremos al buen terreno que la justicia necesita pisar.

—Yo estaba de enfermera en la clínica del doctor Mac Lister, y un día el estafador Federico Kedley, bajo la apariencia de hombre honrado, me arrastró hacia el torbellino de su vida...

...Dos años duró aquel martirio, hasta que, rebelándome a mi triste sino, volví a la clínica... Cuando Kedley supo mi matrimonio, me escribió pidiéndome dinero, y para que no me descubriese le llevé al Hotel Royal todo el dinero de que disponía y un medallón de brillantes... Al salir, oí voces en su habitación y cuando volví a entrar, Federico estaba muerto...

Alberto, humillado por la confesión de las antiguas relaciones de su esposa con el asesinado, se impuso a su acerbo dolor, y le dijo al juez:

—Ahora le corresponde a usted, querido colega, comprobar si son verdad las declaraciones de mi esposa...

—¡Alberto, no me abandones!—clamó Elena al verle marchar sin ella.

Transcurrían las horas lentas, impregnadas de tristeza...

La abuela, al corriente del suceso, lloraba en silencio.

Margarita preguntaba por su «mamá» y el amor de la criatura por la infeliz mujer acrecentaba el perdón de la anciana por sus pasados errores.

Desde la jefatura de policía fué comunicado al juez encargado del esclarecimiento del asunto, que se había detenido a un hombre en el momento en que trataba de venderle a un joyero un medallón de mucho valor.

—Le transmito la noticia a usted, por si tuviera alguna relación con el asunto de la señora Crosby.

—Ha hecho usted muy bien, y se lo agradezco... Envíeme ese detenido cuanto antes.

Mientras tanto, en su casa la abuela hablaba con su hijo, que sufría atrozmente luchando con el amor y con la ley.

La anciana pronunció esta bella frase:

—Antes odiaba a Elena, pero ahora me inspira compasión... ¡Tú la quieres tanto, y sin embargo ahora la abandonas!

—¡Fué cómplice de un estafador... ¡Es una mujer que está fuera de la ley!

—¡No pienses más sino que es la mujer que tú amas!

—¡Esto es terrible, terrible, madre!

—Tu corazón fué siempre noble, hijo mío. Escucha su consejo. Es deber de todo bien nacido dar la mano al ciego que atraviesa una calle de peligro, dar de beber al sediento, y tener piedad de los que pecan. El alma de un pecador puede ser mil veces mejor que la de los demás. Si peca, antes de castigarla es necesario analizar las causas y concausas que han intervenido en la falta. A veces, un so-

corro a tiempo salva del naufragio a los sin ventura.

—Quiero estar solo, madre... Déjeme...

—Sí, hijo mío... Reflexiona... Piensa que la ley es la base fundamental de la humanidad. Y que siempre se nos presenta rigurosa en extremo para que los que se desvian del buen camino teman las consecuencias de sus pasos extraviados. Pero el principio es el principio, y la justicia, según los casos, no ha de regirse por cosas escritas, sino que cada humano puede ser juez por sí mismo. No hiques en tu corazón las sentencias del código, y libre de todo lo que sea incompatible con él, fallarás en favor de esa pobre mujer que sólo te tiene a tí, y que está pendiente de tu nobleza.

Alberto había escuchado a su madre con verdadera unción, agradeciéndole que sus palabras aliviases su dolor, pero se resistía aún a pronunciarse en un sentido u otro en aquel grave asunto.

Por una parte, el cariño vencía...

Por otra parte, los prejuicios restaban eficacia a ese triunfo.

La abuela le dejó solo con sus ideas, y tomando en sus brazos, aun fuertes para ello, a la niña que pedía por su «madre», le prometía que pronto la volvería a tener a su lado.

—Mamá ha tenido que ausentarse, hijita, pero luego vendrá. No llores... Las niñas no lloran...

He aquí como, por un brusco suceso, se había transformado en lo que debe ser toda mujer, piadosa y maternal, la anciana arisca y gruñona.

En el juzgado, el juez, convencido de la inocencia de Elena, se complacía en provocar un careo entre el detenido, que era conducido a su presencia, y aquélla.

Elena reconoció en el acto a Carlos, el «íntimo» de Federico, y así lo dijo al juez.

Carlos, aunque fingiera no conocer a Elena, se vendió torpemente pues miróla varias veces con ira.

—¿De dónde sacó usted este medallón que intentaba vender?

—Me lo encontré en la calle cuando iba a ver a mi amigo en el Hotel.

—¿Usted sabía que su compañero esperaba a una señora?

—No sabía nada.

—¿Cómo fué que no subió a verle antes de ser asesinado?

—Al encontrarme este medallón sólo me preocupé de venderlo.

—Esto es falso. Esta señora dió la alhaja al cómplice de usted para obligarle a callar. ¡Cómo es posible que usted lo encontrara antes?

—¡Fué usted quien mató a Kedley! —acusó Elena— ¡No era la primera vez que le amenazaba de muerte!

—Es una calumnia. Federico era mi mejor amigo, y Dios sabe cuánto siento su muerte.

—El hecho de que la señora haya dicho en su primera declaración, que entregó a su cómplice de usted dinero y esta joya, demuestra de una manera absoluta que usted se la robó después al asesinado, junto con el dinero, toda vez que no se le halló más que una insignifi-

cante cantidad encima. ¡Es usted pues el asesino! ¡Defiéndase si no!

—Señor Juez, las apariencias pesan sobre mí, es cierto... pero no quiero mentir. ¡Federico se mató él mismo!

—¡Ah! Entonces usted estaba con él...

—Sí. Presencé la entrevista de mi compañero con esa señora, que yo conocí en otro tiempo, pues vivía con él... Pero Federico era un miserable que nos quería engañar a todos, y no quise aguantar más su despotismo, y reñimos por cuestión del reparto del dinero que esa señora le entregó a cambio de su silencio. Durante la riña, Federico se cayó al suelo y se abrió el cráneo por efecto de la caída. Confieso haberme llevado todo el dinero y el medallón que me ha delatado como complicado en el asunto.

—Bien... Su confesión libra de un error a la justicia. Queda usted detenido como presunto autor del asesinato de su cómplice, y su inocencia o culpabilidad aparecerá en las conclusiones del sumario... Señora, la confesión de ese hombre prueba la inocencia de usted y le devuelve la libertad... Voy a comunicárselo a su marido—notificó el juez a Elena, que lloraba de contento y con la esperanza de merecer el perdón de Alberto.

El juez se puso al habla por teléfono con el fiscal, que seguía en su casa en constante sufrir, y le dijo:

—El supuesto autor del crimen ha sido encontrado, señor Crosby... Su esposa está en libertad y espera aquí que vengan a recogerla.

La noticia causó extraordinaria alegría al magistrado, pero no pudo exteriorizarla.

Como pesaroso de saberla inocente, Alberto dijo a su madre:

—Elena está libre... ¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Y me lo preguntas? Estás deseando estrecharla entre tus brazos y vacilas. ¿Temes que se resienta con tu gesto de perdón tu reconocido prestigio, tu amor propio? ¡Bah! El pasado no os pertenece ni a ella ni a ti. Al casarse ella contigo contrajo un compromiso que a todas luces ha sabido cumplir. Se te dió como era entonces, con toda su alma. Tú te entregaste con el corazón enfermo por el recuerdo. Ella también tenía su dolor moral, y como tú lo olvidó, por ti y por ella misma. ¿Qué puedes reprocharle? Mira hacia adelante, hijo mío. La honradez de esa mujer es un espejo que reproduce tu imagen sonriente y confiada. ¿Por qué no vas a buscarla, a ofrecerle tu cariño ahora, que es cuando más lo necesita?

—¡Madre, madre!—sollozó Alberto.

La anciana tuvo entonces una idea.

Se vistió.

—Ven conmigo, Margarita—dijo a la niña.

Y las dos se trasladaron en coche al juzgado.

Elena esperaba a Alberto con angustia y afán.

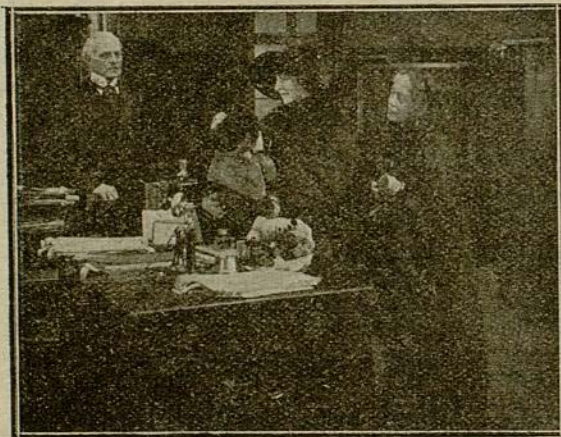
La llegada de la abuela la extrañó sobremedera y temió algo malo.

La niña le enlazó el cuello con sus bracitos de rosa, y la besaba amorosamente.

La abuela, con lágrimas en los ojos al comprender cuánto había sufrido Elena, se acercó a ella y le dijo:

—Vuelve a casa, hija mía... El sufrimiento ha lavado de culpas tu alma...

—¡Oh, gracias!—exclamó la cuitada, besando las manos de la anciana.



La abuela se acercó a Elena...

—¡No, Elena, a mis brazos, como si yo fuera tu madre!

-
- Alberto, una dama necesita hablarte.
 - No estoy para nadie, madre.
 - Me permití hacerla pasar. Aquí está.

—¡Perdón, Alberto! ¡Ten piedad de mí!

—¿Viniste sola, Elena?

—No, Alberto. Si pecó volviendo a esta casa, fué por mí que fuí a buscarla.

—¡Madre, me has humillado con esta lección!

—No, Alberto... Una madre jamás humilló a un hijo cuando le enseñó el buen sendero.

—Elena, he sido cruel contigo.

—No, Alberto, no... Mi amor ha crecido por ti hasta su máxima expresión. Sólo quiero que me acojas en lo que te quede de cariño por mí.

—¡Elena, mi Elena, yo también te quiero más que nunca!

—Del dolor, hijos míos, veréis surgir vosotros la más esplendente felicidad... porque cuando se sufre por amor, es porque se ama de verdad.

—Yo también quiero mucho a «mamita», papá—dijo la niña.

—Margarita, ven con la abuela... Te contaré el cuento de la buena hada que protegía a los niños y a los mayores...

—Vamos, pues, abuelita.

Alberto y Elena, tiernamente abrazados, bendecían a la bondadosa anciana, mientras ésta empezaba el cuento que embelesaría a la chiquilla:

Erase una vez una viejecita muy ceñuda a quien todos creían envidiosa de la alegría ajena, y que no lo era.

Un día, una niña se quedó sin madre, pero ella supo, con una varita mágica que era la de la bondad, devolver la alegría a todos...

*Y ya nadie creyó que la viejecita era ce-
ñuda, ni envidiosa de los demás.*

Y ella fué muy feliz y la niña también.

—¿Y los padres de la niña, abuelita?

*—Pues... los padres se besaban siempre, tan-
to, que la viejecita se marchó ruborizada co-
mo una chiquilla.*

Y el cuento era la misma realidad...

FIN

(Prohibida la reproducción.)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

PRÓXIMO NÚMERO:

La sin par novelita ansiosamente esperada:

Pecado de juventud

por Clara y Carlos Wieth.

Marca Nordisk

(Primer número del año 1925, para el que preparamos
grandes novelas.)

Postal-fotografía: MALCOLM MAC-GREGOR

Precio: 25 centimos.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
sale todos los miércoles.

*En víspera de año nuevo, deseamos a to-
dos muchas felicidades y prósperos días.*